

punto rústico que deje chiquito el puente holandés, y el puente volante de Mr. Watlet; allí, sobre el agua que retrataba sus estatuas, un *belvedere* donde almorzara la Reina; allá abajo un molino, cuyo tic tac repetirá el eco; arbustos más léjos; por todas partes flores, y una isla y un templo al Amor, rodeado de murmuradora corriente, y una lechería de Reina, una lechería de mármol blanco.

Nunca María Antonieta había dado tantas órdenes: todo es en Versalles encargos y listas de arbustos que deben dar sombra al pas o y "trabajo" a la joven Soberana; todo son cartas a Mr. Campon y Mr. Bonnefoy, reuniones de los jardineros "para designar sitios a todos los árboles que Mr. de Jussieu había escogido." Y, a propósito de Mr. de Jussieu, oíd el final de una de estas amables esquelas, en las cuales todo está previsto: "Un refugio estará dispuesto, por lo que pueda ocurrir, para Mr. de Jussieu, que regresará a mi vista el *cedro del Líbano*." (1) ¡Qué de preocupaciones, qué de cuidados, qué de alegrías! ¡Y cuántas veces los paseantes de París veían pasar en un cochecillo ligero, desabocado, a la Reina de Trianon, que iba a ver subir una piedra, plantar un árbol, elevar el agua, engrandecer su sueño!

Hermoso sueño, en efecto, este palacio y este jardín encantador, donde María Antonieta podría tirar su corona, descansar de la representación, gozar a su gusto y capricho, es capar a la vigilancia, huir del cansancio, del suplicio oficial y de la invariable disciplina de la vida de los Reyes, disfrutar de la soledad y de la amistad, entregarse, abandonarse, ¡vivir! Para mostrar toda la dicha que se prometía la Reina, para explicar sus impacientes, describió su vida en Versalles un día cualquiera, tal como la pinta una de sus damas. También esta relación bastará, tal vez, para perdonar a María Antonieta sus deseos de vivir en Trianon.

La Reina despertaba a las ocho. Una criada del guardarropa entraba y depositaba una cesta cubierta, llamada el préstamo del día, y en la que había camisas, pañuelos, lienzos, frutadores. Mientras ésta hacía el servicio, la primera camarista traía a la Reina, que se despertaba entonces, un libro que contenía una muestra de los doce lujosos trajes, de los doce ricos vestidos de la canastilla, de los doce vestidillos de fantasía para invierno o verano.

La Reina elegía, pinchando con un alfiler, el traje de ceremonia para la misa, el vestido flojo y cómodo de mañana, el vestido de etiqueta para el juego o para las comidas de los salones. Los archivos del Imperio poseen un curioso volumen que dice en una de sus pastas, de pergamino verde: *A la señora condesa de Ossun. Guardarropa de los adornos de la Reina. Gaceta para el año 1782*, y están, pegadas sobre papel blanco, las muestras de los vestidos llevados por la Reina de 1782 a 1784. Es como una paleta de tonos claros, amarillos y gayos, cuya claridad, juventud y alegría contrastan con las telas color hoja seca y carmelita, con los colores casi jansenistas de los trajes de Mad. Elisabeth, que nos muestra otro registro. Reliquias de coquetaría, que hablan a los ojos, y en las cuales un pintor hallaría con qué reconstruir el tocado de la Reina en tal día, y casi en tal hora de su vida.

No habría más que hojear las diversas partes del libro *Trajes de la cista grande, Trajes de la cista pequeña, Trajes turcos, Trajes ingleses y Vestidos de ceremonia de seda lisa*; grandes provincias del reino, se repartían entre Mlle. Bertin, que adornaba los vestidos de Pascuas, Mad. Lenormani, que bordaba de jazmines de España los trajes turcos color barro de París, y la Bevéque, y la Romand, y la Barbier, y la Pompée trabajaban y sobaban el azul, el blanco, el rosa, el gris-perla, sembrado a veces de lentejuelas de oro, de los trajes de Versalles, y de los de Marly, que se llevaban cada mañana a la Reina entre telas de seda.

(1) Carta autógrafa de María Antonieta, comunicada por Mr. Boutron.

La Reina tomaba un baño todos los días. Despojada del corsé sujeto con cintas, de las mangas de encaje, de la amplia pañoleta, con cuyas prendas se acostaba, envolvíase en un camison de franela inglesa.

Una taza de café o de chocolate formaban su desayuno, que le era servido en la cama cuando no se bañaba. A su salida del baño, sus camaristas traían unas zapatillas de bombasí adornadas de puntillas, y cubrían sus espaldas con una colcha de seda blanca. La Reina, acostada de nuevo, tomaba un libro o alguna labor de mujer. Era la hora en que María Antonieta, acostada ó levantada, recibía a los que a ella tenían derecho: a su primer médico, a su primer cirujano, su médico de cabecera, su lector, su secretario particular, los cuatro primeros servidores de la cámara del Rey, los primeros médicos y primeros cirujanos de Luis XVI.

A medio día hacíase la *toilette* de presentación. El tocador, ese mueble y ese triunfo de la mujer del siglo XVIII, estaba colocado en medio del cuarto. La dama de honor presentaba el peinador a la Reina; dos camaristas, con lujosos trajes, reemplazaban a las otras dos que habían hecho el servicio de noche. Empezaban entonces con el peinado las grandes recepciones. Inclínándose, llegábanse hasta la majestad, y formaban círculo alrededor de la Reina, acompañadas del superintendente, las damas de honor y de adorno, y el aya de los hijos de Francia. Entraban los hermanos del Rey, los Príncipes de la Sangre, los capitanes de guardias, todos los grandes cargos de la Corona de Francia. Saludaban a la Reina, que contestaba con la cabeza. Únicamente para los Príncipes de la Sangre la Reina indicaba el movimiento de levantarse, apoyando sus manos en el tocador. Venía después el vestido del enpero. La dama de honor colocaba la camisa, vertía agua para lavar las manos; la dama de adornos ponía las faldas del vestido, la pañoleta, anudaba el collar.

Vestida ya, colocábase la Reina en medio del cuarto, y rodeada de sus damas de honor y de adornos, de sus damas de palacio, del caballero de honor, del primer caballero, de su ciera, de los Príncipes de la Familia Real que llegaban seguidos de toda su servidumbre, pasaba por la galería e iba a misa, después de haber firmado los contratos presentados por el secretario de encargos, y de conceder a los coroneles que iban a pedir licencia para retirarse.

La Reina oía misa con el Rey en la tribuna, enfrente del altar mayor y de la música. De vuelta de la misa, debía comer sola con el Rey, en público, todos los días; pero esta comida pública celebrábase únicamente los domingos.

El jefe de comedor de la Reina, armado de un gran bastón de seis pies, adornado de flores de lis de oro y rematado por flores de lis en forma de corona, anunciaba a María Antonieta que estaba servida, la entregaba la lista de la comida, y, colocándose detrás de ella, recibía órdenes de servir ó de no servir.

Después de comer, volvía la Reina a su habitación y quitábase algunos vestidos; era entonces cuando únicamente estaba libre, no obstante la presencia de sus damas, vestidas de etiqueta, y que tenían derecho a estar siempre presentes y acompañar por todas partes a la Reina.

La Reina esperaba salvarse de tantos fastidios en Trianon.

Quería huir de esa *toilette*, de esa recepción de la mañana, de la comida en público y de las representaciones tan aburridas de juéves y domingos, y los mártires de los embajadores y extranjeros, y las presentaciones y las reverencias, y los grandes banquetes, y los grandes palcos, y la comida en los saloncillos con gente aburrida ó gaseosa, y la comida de todos los días en familia con el Señor.

La Reina soñaba en que en Trianon podría comer con otras personas que no fueran de la Familia Real, única compañía de mesa, a la cual toda Reina de Francia había sido condenada hasta entonces; con que tendría como una señora particular, a sus amigas a comer sin que nadie se enterase en Versalles.

Soñaba con hacerse vestir en su cuarto por Mlle. Bertin, sin estar condenada a refugiarse en un gabinete, porque sus damas no querían que Mlle. Bertin ocupara sus cargos. Con su marido del brazo, sin otro séquito que un lacayo, recorrería sus Estados, y en la mesa, si le daba la gana, tiraría al Rey migajitas de pan, sin que por ello se escandalizara la servidumbre. Estos eran las esperanzas y ambiciones de aquella Princesa, educada en las tradiciones patriarcales de Lorena, y que refería con dulce ternura la inocente manera con que sus antiguos duques pedían nuevos impuestos; agitando su sombrero en el aire durante la misa, después del sermón, y recogiendo allí mismo la suma de que tenían necesidad. Estos deseos ó ideas, confirmados por el abate Vermond, estaban arraigados en la Reina, convencida de que la gran popularidad de los Príncipes de la Casa de Austria nacía de las pocas exigencias de etiqueta de la Corte de Viena.

Pero, además, ¿qué necesidad de consejos, de advertencias, de recuerdos de infancia, para hacer detestar a la joven Princesa una tan gran tiranía? ¿Quién hubiese resistido estos diarios tormentos? La camarista, por ejemplo, que se disponía un día de invierno a poner la camisa a la Reina, veíase obligada a preguntarle a la dama de honor, que entraba quitándose los guantes: la dama de honor tenía obligación de poner esta camisa en manos de la duquesa de Orleans, que asomaba por la puerta; la duquesa de Orleans había de pasarla, por necesidad, a la condesa de Provenza, que acababa de entrar, mientras la Reina, helada, con los brazos cruzados sobre el desnudo pecho, no podía más que exclamar: — ¡Esto es odioso! ¡Que inoportunidad!

EDMUNDO Y JULIO GONCOURT.

\*\*\*

## La muerte de Luis XVII.

La librería Plon, de París, ha publicado en estos días un interesante libro, titulado: *Memoria escrita por María Teresa Carlota de Francia, sobre la cautividad de los príncipes y princesas, sus parientes, desde el 10 de Agosto de 1792 hasta la muerte de su hermano, acaecida en 9 de Julio de 1795, publicado con arreglo al manuscrito autógrafa perteneciente a madama la duquesa de Madrid.*

María Teresa Carlota ó *Madame Royale*, como se la llamaba en Francia, era hija de Luis XVI y hermana del Delfín Luis XVII, cuya muerte ha sido referida de distintas maneras, discutiéndose todavía el lugar y la fecha en que acaeció.

Las *Memorias* de la princesa citada forman un cuaderno de 35 páginas y media, de 35 centímetros de largo por 22 de ancho; el papel es grueso y la cubierta lleva el título que va escrito más arriba. El manuscrito es hoy de la propiedad de la esposa de don Carlos de Borbon, que lo heredó del Conde de Chambord.

En tiempo de la Restauración publicáronse algunos ejemplares de dichas *Memorias*, los cuales fueron luego retirados de la circulación, quedando algunos en poder de personas que, ó los destruyeron ó los extraviaron.

El folleto que ha publicado la casa de Plon está, como hemos dicho, copiado del único ejemplar que hoy se conserva y que posee doña Margarita de Borbon.

Al libro anteriormente citado pertenece el siguiente fragmento, en el cual la princesa María Teresa Carlota refiere la muerte de su hermano Luis XVII, prisionero en el Temple:

«El infeliz príncipe permanecía a oscuras en su habitación desde la puesta del sol hasta la hora de cenar.

Aunque el carcelero Laurent comprendía que el niño se moría de miedo, no le llevaba luz por no tomarse el trabajo de subir la escalera.

Gomin, más compasivo, subía muchas veces a acompañar al joven preso, y habiendo

observado que éste tenía las piernas y los brazos hinchados, dió parte de ello al Comité, pidiéndole a la vez permiso para que se dejara al príncipe bajar al jardín con objeto de que hiciera algún ejercicio.

Gomin le permitió también bajar a su cuarto, lo cual complacía mucho al preso. Estas atenciones produjeron su efecto en el delicado espíritu del príncipe, quien desde entonces sintió un afecto sincero hacia su bienhechor.

El 19 de Diciembre visitó el Temple el Comité de Seguridad, y aunque sus individuos pudieron apreciar a simple vista la enfermedad del príncipe, no hicieron caso de ello.

Mientras tanto pasaba yo tranquilamente los días del invierno. Mis carceleros me trataban con cariño y hasta me proporcionaron libros para distraerme.

Mi hermano tuvo, durante esta temporada, algunos accesos de fiebre; siempre estaba al lado del fuego y no quiso ni hacer ejercicio.

Laurent y Gomin lo llevaron algunas veces a lo alto de la torre del Temple, pero el enfermo se cansaba mucho.

Habiendo sido sustituido Laurent por Lasne, éste y Gomin trataron cada día de mejor modo y con más solicitud al príncipe; pero la enfermedad se agravaba cada vez más; sus fuerzas disminuían; su espíritu decaía sensiblemente.

El Comité de Seguridad envió, para que le recetase, al doctor Dusceaux, quien confesando la gravedad del estado del príncipe, confió en salvarlo.

M. Dusceaux murió al poco tiempo, sustituyéndole cerca del Delfín los doctores Danguin y Pelletan, los cuales afirmaron que no había esperanza alguna de curarle.

La enfermedad de mi hermano consistía en una hinchazón general, que no le causaba dolores vivos, sino un abatimiento creciente.

Tuvo varias crisis peligrosísimas, tras de las cuales falleció, sin agonía, el 9 de Junio a las tres de la tarde. Tenía entonces diez años y dos meses.

Los comisarios lloraron amargamente la muerte del príncipe, a quien todos adoraban por sus buenas cualidades.

No es, pues, verdad que mi hermano se envenenara; esto es absolutamente falso, como lo prueba el testimonio de los médicos que le asistieron y practicaron la autopsia del cadáver, en el que no se encontró rastro alguno de sustancia venenosa.

El verdadero veneno que mató a mi hermano fué la tristeza y la melancolía, que no le abandonaron durante los días de su encarcelamiento, y los malos ratos de que fué objeto en muchas ocasiones.

Por el anterior relato se ve que la princesa María Teresa Carlota afirma categóricamente que Luis XVII no murió envenenado.

Dirán, quizás, algunos, que *Madame Royale* no vio a su hermano durante su enfermedad ni después del fallecimiento, y por tanto no podía saber nada respecto a estos hechos; pero debe contestarse a los que tal digan, que la princesa citada vivía en la misma prisión que su hermano; estaba servida por las mismas personas y dotada de esa sensibilidad y sutileza de observación de los presos, que analizan los hechos más insignificantes y los relacionan entre sí, construyendo en su imaginación la realidad que no ven con sus propios ojos.

## DELLOS.

Al antro misterioso donde de la verdad la voz se oía, el dragon ominoso quiso impedir acceso noche y día. Latona que llevaba dentro del seno el salvador futuro, que allí ya palpaba, presa por poco fué del monstruo impuro. Delfos prestóle asilo— llevada por Neptuno el del tridente,— y en aquel delicioso hogar tranquilo nació Apolo fulgente.

¡Oh dragon infernal! su fin ya llega, que inundado de luz el dios aún tierno, le acomete, y después de larga brega impuso a la maldad castigo eterno.

Y renació el oráculo divino que la inspirada Pytia al hombre ofrece para fortificarlo en su destino cuando su fe tal galardón merece.

Y los píticos juegos y concursos perpetuaron del triunfo la memoria con cítaras y flautas y discursos que a Grecia dieron regocijo y gloria.

Y aquel sabio — ¡Ohócete a ti mismo — que en el frontón del templo fué grabado de advertencia sirvió al egoísmo y a la soberbia ciega en su pecado. . .

Mas de la podredumbre del Pyton inseputo luego nacen gorgonas y carberos, la hidra horrenda que hizo Apolo en la inmortal contienda.

¡Oh inmensa incomparable pesadumbre! de la divina lumbre los enigmas no hay sabio que comprenda!

R. N.

## Una lección aprovechada.

CADA uno lleva su fardo de penas, su carga de malos recuerdos, que la soledad y el aislamiento hacen más amargos.

Teresa, la rica viuda, pensaba muchas veces en eso en las largas noches de invierno, retirada en su gran casa de labranza, sola con sus sirvientes, aislada de todo afecto.

— ¡Qué triste es la vida! — pensaba muchas veces — ¡Qué desencantos de parientes y amigos! ¡Cómo se rebajan unos y otros por el vil interés, y qué repugnante egoísmo en todo el mundo!

Teresa no gustaba de la farsa del mundo, ni de amistades superficiales. La molestaba mucho la envidia, y así es que cada vez vivía en mayor retiro; pasaba casi dichosa los días de trabajo, pero los de fiesta, cumplidos sus deberes religiosos, se sentía triste y melancólica.

Y qué arrogante, qué hermosa era Teresa! Había que verla cuando se dirigía al templo los domingos, con su traje negro y limpio, su manto de viuda y aquel aspecto de ricahembra. Todos se volvían a mirarla.

En las tardes del estío, cuando se sentaba en la era para compartir la merienda con sus sirvientes, animaba a todos con su presencia, pues aunque de pocas palabras, era extremadamente simpática; aprobaba con una mirada, desaprobaba con un gesto, y más de una vez detuvo la palabra en los labios de un rústico soez, que se permitió referir en su presencia algún chascarrillo de mal gusto ó algún cuento de color subido.

Trabajadora, discreta, sin hiel ninguna, su amistad era muy codiciada y no le faltaban pretendientes; pero Teresa no tenía prisa por contraer segundas nupcias; se encontraba muy bien libre ó independiente, y dejaba que corriese el tiempo, dominando los anhelos vagos que sentía algunas veces, sed de afectos vehementes, cansancio de la monotonía y regularidad de su vida, expectación de algo indefinido, que debía existir indudablemente.

Cuando dejaba vagar su mirada por los campos, después de ruda tarea, contemplando la majestad del cuadro que se ofrecía a su vista, aquellos hermosos terrenos cultivados, las viñas, los trigos, los olivares, que se perdían de vista, toda aquella riqueza que le pertenecía, pensaba de pronto en que nada de aquello satisfacía las misteriosas aspiraciones de su alma.

Tenía pasión por la agricultura (preciso era tenerla por algo), y a ella se debían los adelantos en la comarca, las máquinas de roturar, las segadoras mecánicas y los mil artefactos que completan una rica casa de labranza.

Y mientras el médico y el boticario se lamentaban del mal estado y la precaria situación de la agricultura en España, achacánd

la, uno al atraso y otro a las malas costumbres; mientras el uno soñaba con subvenciones imposibles y el otro quería destruir la usura con planes admirables, Teresa alentaba a unos, socorría a otros, dejaba trigo para la siembra sin interés ninguno, perdonaba al otro la renta, en los años malos, y era gran propagandista de la riqueza pecunaria.

No podía ver un palmo de terreno sin cultivar, ni un prado desierto; no podía ver a los holgazanes ni a los viciosos. Que éstos no acudiesen a ella, porque, con su cara seria, les decía las verdades del barquero. Otra de sus rarezas era encerrarse a cal y canto en su casa por la época de las fiestas. Aborreía las comidas interminables, los jolgorios irrespetuosos, las bromas soeces que a veces se usan en las fiestas de aldea, y ya podían llamarla orgullosa y montaraz, no cedía por nada ni por nadie. Las malas lenguas decían de ella que tenía mal carácter, y que era una hurona; pero Teresa prefería pasar por extravagante a tomar parte en las fiestas.

En el estío, cuando toda la naturaleza se viste de fiesta y prodiga sus adornos y sus frutos, parece que se siente más la soledad del alma.

Teresa sentía melancolía viendo llenar los trojales y graneros, y cuando el lagar arrojaba a las cubas el turbio mosto, é inundaba la casa de celajes rojos, sentía extraño malestar, como si un éter invisible se estuviera burlando de tanta riqueza para un corazón tan solo.

Sus pasajeras simpatías se habían disipado siempre, pues no hubo personaje importante que llegase a la aldea que no odiciera a la rica viuda; pero ella era tan meticulosa, y sobre todo su corazón no daba señales de vilo; así es que al médico le encontró el defecto de ser algo materialista; a un forastero rico que vino a establecerse en el pueblo, lo desechó por dejarse dominar por el vicio del juego; quién le pareció merjeriego; quién otro le parecía avaro, y a todos les atribuía más afición a su caudal que a su persona, y en eso se engañaba, pues ambas cosas eran apetecibles.

Llegó un invierno crudísimo. Desde el veranillo de San Martín no se había visto el sol, y ya se acercaba la Noche Buena. Los días se sucedían sin más variación que la que en el que no llovía, nevaba; y cuando no era la niebla, era la ventisca y el hielo lo que impedía salir de casa; la vida se hacía al lado de la lumbre.

Teresa había hilado una montaña de copos finísimos, había aumentado considerablemente su colección de ropa blanca, había puesto su casa muy confortable; pero aquel horrible invierno no tenía fin, y sin saber cómo llegó la Noche Buena, y Teresa, después de asistir a la Misa de Gallo, se retiró a su casa muy contenta. Se le había ocurrido una gran idea: enseñar a leer y escribir a un criado que tenía muy respetuoso y listo, y a quien ella tenía en mucha estima. Por no parecerse a los demás jóvenes, no frecuentaba la taberna, no le gustaba el baile, era un medio santo que no salía más que de su casa a la iglesia. Mil veces le había oído lamentarse de su ignorancia. Cuanto más lo pensaba, mejor le parecía la idea, y como en ello no había ni sombra de malicia, pronto se supo en el pueblo que la viuda ejercía con su criado la obra de misericordia que aconseja enseñar al que no sabe. Así pasaron aquel invierno el discípulo y la maestra, y en las largas pláticas que tenían en la soledad del caserón, cuando todo el mundo dormía, fueron descubriéndose el uno al otro sus mútuo gustos, sus cualidades, sus aspiraciones, sus deseos. Gregorio (que este era el nombre del criado) admirando, y Teresa compadeciendo. Y como en el alma de la mujer este sentimiento es poderosísimo, Teresa fué acrecentando insensiblemente su afecto hacia Gregorio.

Las lecciones se daban a conciencia; pero después del *a, b, c*, Teresa tomaba la palabra para censurar el modo de ser de las gentes, la mala voluntad que reina en todos, la malicia del mundo que no cree en nada bueno, lo desagradable que es la vida entre envidias y

desavenencias. Otras veces se lamentaba de que el mezquino interés siempre de tal modo la discordia entre amigos y parientes; ejemplo ella misma, en quien tienen una enemiga inouable los suyos, no más que por haber sido más favorecida por la suerte. ¿Pues no ha habido quien la ha envidiado por haberse quedado viuda, tan jóven? Gregorio escuchaba sus expansiones con un interés y una llaneza que encantaban, y cuando al terminar interrogaba ella con un «¿verdad, Gregorio?», él con frase torpe y todo emocionado, le daba la razón. Y así se hubiera estado escuchándola toda la vida sin comer ni beber. Y mucho después de separarse de su lado aún la oía y la veía, repitiéndose a sí mismo aquel «¿verdad, Gregorio? que tanto le comovía.

Así le fué haciendo participar de todas sus ideas y todos sus gustos, tanto, que llegó a adivinar sus menores deseos, y corregía las torpezas de los demás criados, repitiendo con tono autoritario: «Esto se ha de hacer de esta manera ó de la otra, porque así le agrada a nuestra dueña.» Todo lo cual le valía las bromas de sus compañeros, que le preguntaban cuánto iba ganando por matarse de aquel modo por intereses ajenos.

También a ella se le escapaba muchas veces, al quejarse de la negligencia de los sirvientes: «¿Ya se conoce que no está Gregorio!»—repetía muy á menudo.—Y con esas cosas todos se quedaban con la boca abierta, como quien descubre algo inusitado y aombroso: el esbozo de un escáncano mayúsculo, capaz de entretener al vecindario una porción de meses.

Y sucedió una noche, después de la lección, que ella comenzó su perorata acostamburada, quejándose de la vida y de sus sinsabores, y fué relatando sus penas, que á ella le parecían las mayores del mundo, y se quejó del aislamiento en que vivía, y del dolor de no poderse confiar á nadie, y de otra porción de cosas. Y así, él preguntando y ella respondiendo, se pasaron la noche sin sentir, hasta que, viendo ella que por los resquicios de la ventana entraba una claridad, se levantó á contemplar la luna, y vió que estaba amaneciendo. Y se miraron ambos, muy emocionados, separándose sin decir palabra; pero buena grillera llevaban ambos en la cabeza. La verdad es los ofreció desnuda: la pasión vehementemente, irresistible que sentían el uno por el otro; el sentimiento más despótico y absurdo.

¡Teresa confiaba en dominarlo. Aquello no era más que una mala tentación, que, con la ayuda de Dios, pasaría. ¿Qué se diría de ella? ¡Un criado, y más jóven que ella! Era no tener sentido común pensar en ello. ¿Qué importaba que fuese bueno, guapo, trabajador, inteligente, sin ningún vicio? ¿Qué Casarse con él no era posible.

Nada, nada: cortar por lo sano. Lo despediría con cualquier pretexto. Lo mejor es poner tierra por medio; pero, ¡qué angustia, qué dolor al pensar en ello! ¡Qué obsesión, qué anargara, romper aquella dulce cadena, privarse de aquellas gratas expansiones, condenarse á no verle! Todo esto era superior á sus fuerzas. Era preciso ganar tiempo. Quizá él no sentía lo que ella, y el amor propio ofendido le ayudaría á olvidar.

Gregorio también sufrió mucho aquella noche, sintió fascinación loca por Teresa; pero la veía tan imposible, tan fuera de lo realizable, que se contempló el más desgraciado de los hombres. Al día siguiente, su rostro acusaba el más vivo sufrimiento. Bien lo comprendió Teresa, que, al verle tal, perdió todo su valor, y no pensó más que en consolarle con miradas tiernas, miradas que él pagaba como mejor podía. Y así, de razonamiento en razonamiento, vino á pensar Teresa que no podía pasar sin él, que serían amigos toda la vida, que él no se casaría con ella tampoco; y vivirían así, santamente, hasta la consumación de los siglos. Cuentas galanas. Como que en el lugar no se ocupaban más que en espiarles, y ya se sabía que los había amanecido en una de sus lecciones de lectura, y les contemplaba todo el mundo como animales raros, y ya sentía Teresa una zozobna y un desasosiego intolerables.

Su pariente el boticario se le presentó una mañana muy furioso, echando pestes contra Gregorio, asegurando que la estaba comprometiendo; que si se decía esto, que si se aseguraba la otra, que era menester arreglar el asunto.

Y en esto entró Gregorio y la emprendió con él, con tal bravara, que el muchacho no acertó á contestarle. Le puso como nuevo, de holgazan, maltrabaja, ambicioso, desgraciado. Y tomándose una autoridad que no tenía, lo plantó de patitas en la calle.

¡Ónita dejó á Teresa su catilinaria. Mil veces intentó tomar la palabra, pero otras tantas le cerró la boca el energúmeno hasta que, agotada su paciencia, se acercó al boticario y le dijo, páida y tmbolorosa:

—Gregorio no se va, porque á mí no me acomoda!

—¿Qué dijiste?

¡Llovieron entonces las injurias sobre la triste Teresa. Razon tenían todos, sólo él se había negado á creerlo. ¡Una mujer de tanto juicio, con un capital como el suyo, y habiendo despreciado tan buenos partidos! Se necesitaba estar loco. Bien hubiera podido seguir hablando hasta el día del juicio final. Ni Teresa ni Gregorio le escuchaban, aterrados ante la idea de ver su secreto descubierto.

Dejóles el boticario entregados á profundas meditaciones, mientras él fué á comentar el caso con el primero que se le puso por delante.

Bueno quedó el pellejo de los dos amantes. Lo mejor que dijeron de ellos en el pueblo fué que ella era una loca y él un codicioso.

Volvió á la carga el boticario á los pocos días, queriendo convencer á Teresa de que por su buen nombre debía despedir á Gregorio, y la halló dócil á su consejo, tanto, que ya dió por resuelto el asunto, y se separó de la viuda convencido de que no tardaría en seguir su diótámen.

No fué así, sin embargo. Tras largo batallar, Teresa se convenció de que no tenía fuerzas bastantes para romper aquel lazo tan dulce. Gregorio la había hechizado, y no le parecía razón bastante dejarlo por pobre. Ella era rica por los dos, y luego tan sumiso, tan formal, tan respetuoso con ella; su hacienda había prosperado un doble desde que él estaba al frente, y además, y sobre todo, que lo quería, que no le gustaba otro sino él.

Gregorio á todo esto, sin decir esta boca es mía, tanto, que ella tuvo que pedirle explicaciones. ¿Qué le parecía de las murmuraciones del pueblo? ¿Qué le parecía á Gregorio? Lo que le parecía era que aquello era la mayor infamia que se había conocido. Dominábase una cólera furiosa; hubiera salido á la calle insultando á todo el mundo; así es que cuando el boticario llegó á hablarle del asunto, le acogió como á un loco, descargó en él sus iras, y lo que es peor, sus dos paños, que no tenían nada de ligeros. Y con esto cambiaron las tornas y se puso el pueblo de parte de Gregorio, temiendo todos que tomase venganza de sus dichos.

Contaban, entre risas en el pueblo, que al compás de los golpes repetía Gregorio al boticario: ¡Qué tiene que ver nadie si ella me quiere! ¡Pobre del que se mezele en mis asuntos! Y el específico fué tan eficaz, que nadie se atrevió á chistar.

Quando Teresa se enteró del caso, no lo censuró, ni la peró de verse así defendida.

Quando llegó la primavera se casaron, y fueron todo lo felices que cabe serlo en este valle de lágrimas.

Perdieron sí la amistad del boticario y demás personas importantes del pueblo; pero esto mismo debió contribuir á su felicidad. La amistad de los vanos y de los necios es un perenne elemento de disgustos.

FRANCISCA SARASATE DE MENA.

A UNA JOVEN MADRE

EN LA PÉRDIDA DE SU HIJO

¡Por qué lloras ¡oh Emilia! con dolor tanto?

—¡Ay! he perdido el ángel que era mi encanto.

Ni aun leves huellas

Dejaron en el mundo sus plantas bellas.

—Te engañas, jóven madre; temple tu duelo;

Que ese ángel aunque libre, remonta el vuelo,  
Te sigue amante

Do quiera que dirijas tu paso errante.

¡No adivinas, cuando baña la tibia esfera

Del alba sonrosada la luz primera,

Con qué armonía

Cielo y tierra saludan al nuevo día?

Pues sabe, jóven madre, que cada aurora

Por las manos de un ángel su faz colora,

Y aquel concento

Se lo enseña á natura su dulce acento.

Quando del sol el rayo postrero espira,

¡No escuchas un suspiro que en torno gira,

Y un soplo leve

No acaricia tu rostro, tus rizos muevel... .

Pues dicen, jóven madre, que en cada tarde

Hay un ángel que el rayo postrero guarde;

Y es su sonrisa

La que te llega en alas de fresca brisa.

En el silencio grave de la alta noche,

Quando la luna oculta su lento coche,

¡Ves blanca estrella

Que trémula en tu frente su luz destella?

Pues oye, jóven madre; las almas puras

Viajan por esos astros de las alturas:

Y es su mirada

La que á halagarte llega dulce y callada.

Aun ora, que me escuchas, pierde tu oído

Cierto eco misterioso, que al mío unido,

Vierte en tu alma

Bálsamo delicioso, que su afán calma?... .

Pues mira, jóven madre, dolor tan rudo

Sólo un ángel celeste consolar pudo,

Y oigo al que dice:

«No llores más, no llores... yo soy felice!»

G. G. DE AVELLANEDA.

EL SUEÑO DEL NIÑO.

Cuán bello! en su frente do ríe la aurora

Su madre extasiada mil besos grabó,

Meciendo en la cuna la prenda que adora...

¡Oh madre felice,

Qué hermoso es el ángel que el cielo te dió!

Sus rubios cabellos son rayos dorados,

Sus ojos azules respiran amor,

Y son cual corola sus labios rosados

De un lindo capullo

Que en día de Mayo nació de una flor.

Ahl duermel... dejadle; dejad que su mente

Contemple visiones de luz celestial;

Dejadle, que el ángel que vela riante

Su sueño tranquilo

Le cuente sus dichas, su amor fraternal.

¿No veis en sus labios vagar la sonrisa?

¿No veis una imágen volar por su sien?

Quizá el niño sueña que besa la brisa

Su rubio cabello

Y en brazos de un ángel se eleva al Eden.

R. O. E.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.

Negras.

